

**Llevar un diario, escribir una vida.
A partir de *Virginia Woolf en su diario***

**Alberto Giordano
Universidad Nacional de Rosario - CONICET**

En los pasillos de un coloquio expropiado por entusiastas de la teoría feminista, un colega a la pesca de complicidades sugiere, en voz baja, que acaso haya sido mejor que Victoria Ocampo solo pudiera leer la versión expurgada de los diarios de Woolf, la que preparó el marido; de otra manera, hubiese tenido que corregir el pulso idealizante con el que retrató “en su librito” a la autora de *Un cuarto propio*. Acabamos de escuchar una conferencia, prolija aunque demasiado obvia, sobre autofiguración y subalternidad en *Virginia Woolf en su diario*. El “librito” apareció recién en los años setenta, pero Ocampo lo escribió en 1954, el mismo año en el que Sur publicó la traducción al español de *A Writer's Diary*. El primer apartado contiene una declaración, bien argumentada, de los derechos del lector a conocer los papeles personales de los escritores sin que se los haya sometido a ninguna clase de purga. La insidia del colega remite, es fácil de suponer, a una de las entradas que salieron a la luz con la edición del *Diario* completo a comienzos de los ochenta, la del 26 de noviembre de 1934. En un párrafo extenso, Woolf registra detenidamente las impresiones que le dejó Ocampo la noche anterior, cuando se conocieron en una exposición de Man Ray. Si el espectáculo de la opulencia desbordante le resultó curioso, el esnobismo acaso involuntario de la sudamericana (venía de entrevistarse con Mussolini, que la había tratado como a un igual) quedó grabado para siempre con

sus matices de ligera estupidez. Creo que el colega subestima el entendimiento de Ocampo y confía demasiado en las posibilidades de una admiración extrema y sin reservas, como la que ella decía profesar por sus genios amados. Pienso, y se lo digo, que Victoria debía conocer la afición de Virginia por los chismes y la maledicencia, y sabría que nadie estaba a salvo de que lo maltratase en privado; en lugar de resentirse por las ironías gastadas en su nombre, tal vez hubiera disfrutado al comprobar con qué fuerza capturó aquella noche la atención de su ídolo, a juzgar por la extensión de la entrada que registra el encuentro. Que Victoria no haga referencia a estas inclinaciones demasiado humanas en los ensayos autobiográficos que dedicó a Woolf (hubiese necesitado otra retórica para poder incluirlas sin dañar la visión de conjunto), no nos impide imaginarlas.

La conferencia que había puesto al colega en estado de disidencia versó casi exclusivamente sobre un subrayado. En un aniversario del nacimiento de su padre, el 28 de noviembre de 1928, Woolf anotó que si por desgracia Sir Leslie hubiese sobrevivido, no habrían podido existir ni escritura ni libros en su propia vida. Ocampo recorta la frase, conjetura, erróneamente, la profusión de otras semejantes, acaso más explícitas, en el Diario no censurado, y pronuncia una diatriba autorreferencial contra los “padres de la era victoria”, que se creían dueños del destino de sus hijas. La curiosidad, pero también la sospecha sobre los intereses de Leonard cuando decidía qué conservar y qué suprimir, despertaron en la directora de *Sur* algunas otras suposiciones acerca de la naturaleza y la extensión de lo censurado, que el impulso militante de la conferencista, por tratarse de una materia indócil, no pudo acoger.

En *A Writer's Diary* el tema amoroso brilla por su ausencia, no hay entrada que aluda, ni siquiera lateralmente, a sus aspectos eróticos o sentimentales. Ocampo lo atribuye a una “infranqueable reserva puritana” (1982: 61), cuya existencia da por segura incluso en el Diario no expurgado. No se equivoca: son apenas un puñado las ocasiones en que se menciona la atracción exorbitante que alguien siente por otra persona, y casi siempre entre comillas, “amor”, para distanciarse

inmediatamente de su vulgaridad. “Yo no me atrevería a decir nada contra el amor -anota un día, a propósito del que arrebató a Clive por su hermana Vanessa; pero es una pasión débil, quiero decir, una pasión grosera y sosa, cuando no toma parte en ella la imaginación, el intelecto, la poesía” (Woolf 2003: 135)¹. Otro día, irritada por el acoso de un pretendiente, perfecciona el argumento: “Una vez más sentí la incómoda excitación del “amor”, es decir, del deseo físico poniendo a alguien inquieto, demasiado inquieto y emotivo para poder hablar sencillamente” (*Ídem*: 138). Al lector devoto tal vez lo perturbe más que los excesos de puritanismo la impresión de ajenidad que transmiten estas notaciones, como si trataran siempre de algo extraño, amén de indecoroso, que sólo podía ocurrirle a los demás (en las páginas del Diario no expurgado aparecen algunos incidentes de los dos grandes amores lésbicos de Woolf, Vita Sackville-West y Ethel Smyth, pero siempre es la otra quien ama -y el amor es considerado una espléndida extravagancia o un síntoma de senilidad- y ella, quien se deja, o no, amar²).

La lectura que Ocampo hace del *Diario* de Woolf reduce su forma a la del autorretrato literario y espiritual, esto quiere decir que desconoce la lógica de la interrupción y el recomienzo, del *raptus* y la insistencia, que presupone cada acto de notación. El interés por la autora no incluye la curiosidad por las razones que la hicieron llevar un diario durante casi toda la vida, ni sobre los efectos transformadores que pudo haber tenido esa práctica. Pese a esto, Ocampo acierta cuando identifica la “realidad” como uno de los tres *leitmotive* importantes del *Diario* (los otros serían el “arte de escribir” y el “Tiempo”) y enlaza “realidad” con “vida”, aunque no sospeche que este enlace puede ser obra de la propia escritura intimista y no solo un tema de reflexión.

¹ De aquí en más, los números entre paréntesis después de una cita, cuando no van precedidos por un nombre de autor, remiten al año de edición y el número de página del volumen (o la versión) del *Diario* de Woolf citado.

² Ver 2003: 84 (sobre Vita) y 278 (sobre Ethel).

Jueves 30 de septiembre [de 1926]

Deseaba añadir algunos comentarios a esto, al lado místico de esta soledad; que no es uno mismo sino algo del universo lo que nos queda al final. Es esto lo que resulta aterrador y excitante en medio de mi profunda melancolía, depresión, aburrimiento, o lo que sea: uno ve pasar una aleta muy lejos. ¿Qué imagen podría encontrar para transmitir lo que quiero decir? Creo que realmente no hay ninguna. Lo interesante es que en todos mis sentimientos y pensamientos nunca había tropezado con esto antes. La vida es, dicho con sobriedad y precisión, lo más extraño; contiene en sí la esencia de la realidad (2003: 105).

Lo que Woolf llama “realidad” es siempre el correlato de una experiencia incomunicable, la manifestación de una certidumbre vacía de sentido, una evidencia repentina que se hurta, soberana, a los poderes de la nominación. Es “*eso*” que aparece en el intervalo entre-momentos cuando no aparece nada, cuando todo se hunde en su imagen. La vida, *una* vida, como proceso impersonal y extraño³, como experiencia aterradora y excitante de los límites de la subjetividad: la irrupción del afuera en el corazón de lo íntimo. El Diario es el lugar donde se asientan las reflexiones sobre este proceso, porque recoge las impresiones del momento que pasa, pero es también un recurso para seguirle el rastro y hasta para dejarse absorber activamente por el ritmo de sus pulsaciones, otra forma de responder al instante y unirse a la dispersión, “con una pasión breve, violenta, obstinada y no obstante reflexiva” (Blanchot 2005: 129).

Según lo presentan el arte y la atención de la diarista, el proceso vital es esencialmente discontinuo, un trazo inestable, hecho de insistencia y repeticiones, que obedece a una sola ley, misteriosa e inflexible, la de la alternancia entre movimientos de expansión y retraimiento. El registro de los cambios de humor repentinos, de los continuos y pronunciados altibajos anímicos, toda esa fenomenología perturbadora y fascinante de

³ “Una vida está en exceso respecto de *la* vida (o *mi* vida) que la contrae dentro de los límites de una identidad” (Giorgi-Rodríguez 2009: 23).

las sensaciones que contraen o amplían el horizonte existencial, prueba que la verdad de una vida -ya sea que se la descubra o se la fabrique- es siempre una cuestión de *ritmo*⁴. "Observo la fuerza y la intensidad de sentimientos que de pronto rompen, espuman y desaparecen" (2003: 141). "Hay cierta pleamar y bajamar en la marea de la vida que podría explicarlo [la depresión por la falta de elogios], pero no estoy segura de qué es lo que las produce" (1954: 24). El diario de Woolf es un dispositivo que permite la observación microscópica de los ritmos vitales desde el punto de vista de un ligero extrañamiento, como si se tratara de cambios de atmósfera o mutaciones en un paisaje natural. Cuanto más precisa es la definición de un matiz, más improbable la posibilidad de explicar el sentido de lo que sucede, los saltos de la angustia al entusiasmo, el ir y venir entre la satisfacción y el sentimiento de fracaso. El registro de lo cotidiano aprehende la alternancia como ley que rige la variación incesante, pero el acceso a los fundamentos de la ley, eso que Ocampo identifica con el objeto de la experiencia mística y que nosotros llamaríamos "el ser de la in-aparición", permanece inaccesible. "A veces me imagino que, incluso si llegara al final de mi incesante búsqueda de lo que las personas son y sienten, seguiría sin saber nada" (1992: 207). Porque no hay nada que saber: el fondo que sale a la superficie cuando la realidad es una certeza sin objeto, como "una niebla que viene y se va" (*Ídem*: 256), no dice ni quiere nada.

La experiencia de la indeterminación, antes que cualquier circunstancia personal, sostiene el imaginario de la vida como lucha que Woolf reproduce a lo largo de todo el *Diario*. La lucha por la libertad, que es un ejercicio constante de autodeterminación, se amplifica en sus páginas en lucha por la supervivencia de los impulsos idiosincrásicos: hay que salir adelante a fuerza de singularidad, sin concederle a las

⁴ También Lejeune valora la necesidad de estudiar la práctica del diario, en tanto arte de la improvisación, desde el punto de vista del *ritmo*. Pero lo hace desde una perspectiva sorprendente, ya que supone que la función de esta práctica es reconquistar, a través de un ejercicio de lo discontinuo, "la continuidad absolutamente real de la vida" (Lejeune 2005: 78).

convenciones más que lo imprescindible. El despliegue soberbio de este imaginario agonístico, aunque consideramos fundadas sus pretensiones de autenticidad biográfica, no hace más que disimular la realidad de una confrontación más originaria -el Diario mismo nos advierte de su existencia-, que sólo se manifiesta cuando no queda nada por qué luchar.

Viernes, 11 de octubre [de 1929]

(...) Para dar un ejemplo: iba andando por Bedford Place ¿no? -esa calle recta con todas las casas de huéspedes- esta tarde y me dije espontáneamente algo así: Cómo sufro y nadie sabe cómo sufro, caminando por esta calle, ocupada por mi angustia, como estaba después de la muerte de Thoby [el hermano mayor, que murió de fiebre tifoidea a los 26 años], sola; luchando con algo sola. Pero entonces tenía al diablo para luchar con él y ahora nada (2003: 230).

A sus cuarenta y siete años, Virginia goza de celebridad y fortuna, la batalla por el reconocimiento y el bienestar está ganada; continúa escribiendo con la misma intensidad de siempre, y hasta le parece que se abren nuevas perspectivas de creación. Sin embargo, “hay vacío y silencio en alguna parte de la maquinaria” (*Ibidem*), y el acecho puede resolverse en captura intempestiva. De pronto naufraga (es una manera torpe de decir) en un sentimiento de soledad exorbitante, que tiene que ver menos con el temor a los viejos fantasmas de la depresión y la locura, que con la sensación de ser extrañamente libre. La creencia en que “todo es posible” la exalta, porque entonces no quedan barreras que la limiten, pero también la expulsa del mundo y de sí misma, porque para ser necesita experimentar sus fuerzas actuando sobre algo que se les resista. La lucha contra la ausencia de algo que ofrezca lucha revela fugazmente el núcleo intransitivo de cualquier experiencia humana, el vacío de intención y necesidad del que extrae sus fuerzas paradójicas la literatura, el mismo que se encarna en sufrimiento, y arroja a quien lo padece fuera del mundo, cuando impera la angustia.

Woolf alcanza en el Diario verdades tan exigentes como las que se

fabrican en las sesiones psicoanalíticas (“la angustia es *ese* afecto que tiene la virtud ambigua de revelar el ser enigmático *del* afecto” (Assoum 2003: 32)), precisamente porque no limita el ejercicio de la sensibilidad al de la razón: observa impresiones, la intensidad con que sugieren lo curioso o lo desconocido, sin someterlas a especulaciones intelectuales, que podrían quitarle ligereza y flexibilidad (el tributo que las ideas pagan a la constancia las vuelve pegajosas). La aproximación a la realidad de los afectos es superficial por la necesidad de mantener un punto de vista indirecto, que señale, sin inmovilizar, el paso de la vida a través de cosas y gestos triviales. “La verdad es que no se puede escribir directamente acerca del alma. Al mirarla se desvanece” (2003: 65). Por el estilo de las notaciones, el *Diario* de Woolf funciona, más que como un autorretrato, como un sismógrafo espiritual que registra, con extraordinaria sutileza, las alteraciones del alma voluble. Conserva las huellas de cada mutación anímica según el grado de profundidad que alcanza el decaimiento, y el de plasticidad y vigor, cuando el equilibrio se restablece. Si confiamos en la autenticidad de este registro, el momento de mayor intensidad, el que manifiesta con más fuerza lo que puede *una* vida, no coincide con la estabilidad y el dominio de los recursos que se consideran propios, sino con una instancia previa: “la diabólica dificultad de recomenzar” (1954: 197). Más fuerte que el asentamiento en la confianza y el orgullo es la sensación de que esos afectos regresan por sí mismos, serenamente: hoy, al fin, la rigidez cedió al deseo y hay posibilidades. “Lo importante ahora es ir muy despacio; detenerse en mitad de la corriente; nunca apresurar; reclinarse y dejar que el quieto mundo subconsciente se vuelva populoso...” (*Ibidem*). El compromiso de la escritura con el extrañamiento de la perspectiva personal es tan íntimo que a la diarista no le alcanza con registrar las alternativas del recomienzo: necesita

intervenir, bajo la forma de una advertencia, para cuidar de lo posible.⁵

⁵ A veces, cuando las circunstancias reclaman cuidados extremos (retomar el diario y la auto-observación después de una crisis nerviosa que la dejó fuera de juego durante un mes), la diarista se interpela en tercera persona: “Ordena las piezas que te vengan a las manos. No permitas nunca que te descabalguen los respingos de esa bestia de poco fiar, la vida, montada por una bruja como va a causa de mi propio sistema nervioso, tan extraño y difícil” (2003: 47). La incoherencia gramatical de la segunda frase es preciosa: el pasaje de la tercera a la primera persona expone un desdoblamiento -el diálogo con lo extraño de sí mismo- del que habrá dependido la fuerza estabilizadora de la intervención.

Referencias bibliográficas

Assoun, Paul-Laurent (2003). Lecciones psicoanalíticas sobre la angustia. Trad. de Horacio Pons. Buenos Aires, Nueva Visión.

Barthes, Roland (2005). *La preparación de la novela. Notas de cursos y seminarios en el Collège de France, 1978-1979 y 1979-1980*. Texto establecido, anotado y presentado por Nathalie Léger. Trad. de Patricia Wilson. Edición en español al cuidado de Beatriz Sarlo. Buenos Aires, Siglo XXI.

Blanchot, Maurice (2005). "El fracaso del demonio: la vocación". En *El libro por venir*. Trad. de Cristina de Peretti y Emilio Velasco. Madrid, Trotta; pp. 126-134.

Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (2009). "Prólogo". En Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez (Compiladores). *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires, Paidós, 1ra. reimpresión; pp. 9-34.

Lejeune, Phillipe (2005). *Signes de vie. Le pacte autobiographique 2*. Paris, Du Seuil.

Ocampo, Victoria (1982). *Virginia Woolf en su Diario*. Buenos Aires, Sur, 2a. ed.

Woolf, Virginia (1954). *Diario de una escritora*. Trad. de José M. Coco Ferraris. Buenos Aires, Sur.

. (1992). *Diario íntimo I (1915-1923)*. Edición a cargo de Anne Olivier Bell. Trad. de Justo Navarro. Madrid, Grijalbo-Mondadori.

. (1993). *Diario íntimo II (1924-1931)*. Edición a cargo de Anne Olivier Bell. Trad. de Laura Freixas. Madrid, Grijalbo-Mondadori.

. (1994). *Diario íntimo III (1932-1941)*. Edición a cargo de Anne Olivier Bell. Trad. de Laura Freixas. Barcelona, Grijalbo-Mondadori.

. (2003). *Diarios 1925-1930*. Edición a cargo de Anne Olivier Bell. Trad. de Maribel de Juan. Madrid, Siruela.

Versión digital: www.celarg.org